

FERNANDO GARCÍA CALDERÓN

NADIE  
MUERE  
EN  
ZANZÍBAR

algaida



Primera edición: 2016

© Fernando García Calderón, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-466-6

Depósito legal: SE. 412-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

JUAN ÁNGEL SANTACRUZ DE COLLE, LEYENDA FAMILIAR .....	13
Permítame que me presente .....	15
Así comenzaba el relato .....	16
EL ERUDITO SEVILLANO MUDA EN EMBAUCADOR DE BIBLIÓFILOS ...	27
Seguro estoy .....	29
En los años treinta fueron descubiertas .....	39
Ya lo dijo Elias Canetti .....	47
La tarde del 30 de octubre, Madrid fue bombardeada .....	56
En 1939, París todavía era una fiesta .....	63
La Segunda Guerra Mundial, en boca de Okello .....	73
RUMBO A ÁFRICA, A LA BUSCA DE LAS MINAS DEL REY SALOMÓN ....	83
Juan Ángel Santacruz de Colle pisa suelo zanzibari .....	85
Paradojas de la historia y el tiempo .....	93
La llegada a Mombasa .....	101
Aquel que valora más el camino .....	113
EL AMOR DE AISHA, AVIADOR Y CARTERO EN UNGUJA .....	125
Como un antiguo guerrero de la tribu masái .....	127
Aisha era el nombre de la tercera esposa .....	136
Luigi planificó a conciencia el vuelo .....	147
Uno pronuncia Pemba .....	156

LAS CONFESIONES DE J., CRISTIANO, MUSULMÁN Y HEREJE .....	163
Una idea fija .....	165
Los héroes son misóginos .....	175
El eco del reparto de beneficios .....	186
Ninguna ruleta de Montecarlo o Biarritz .....	191
En Stone Town .....	200
Marzo, el mes de la melancolía .....	207
Se preparó a conciencia la ofensiva .....	217
Haría falta un caballo de Troya .....	225
Días de encalmada .....	232
<i>Vita vya Ngombe</i> , vocearon .....	238
LAS LABORIOSAS VACACIONES DE MR. CROSS .....	251
Juan llega a Dar con su vieja cámara Leica y un presente ...	253
Si desea disfrutar de unas buenas vacaciones .....	265
Los trinos de los pájaros en los árboles distantes .....	272
Las emociones son granos de arena .....	282
Las puertas del Serengeti .....	291
El campamento amaneció con la discusión airada .....	303
UN FANTASMA AL SERVICIO DE UNA CAUSA JUSTA .....	311
Julius .....	313
La palabra clave .....	323
Morir o matar .....	333
A alguien se le ocurriría .....	342
1955 es el año del cambio .....	350
El lago Amboseli y la espuma de mar .....	360
Nada más .....	370
Su hora había llegado .....	377
JUAN SANTACRUZ, ADALID DE LA UTOPÍA SWAHILI .....	385
Stone Town era una de las ciudades más engañosas .....	387
Un hombre bien comido y bien bebido .....	395
Una babel .....	402
<i>Zama za siasa</i> .....	410

Hay tantas formas de derrota .....	415
Campanadas de Nochevieja .....	423
El valor de una promesa .....	432
Nadie enseña el camino al gorila anciano .....	439
Londres, la gran cloaca .....	446
Cansado de la vida .....	451
Es miedo, contestó su conciencia .....	461
La luz, la sombra, la identidad .....	470
Plan para hoy o hambre para mañana .....	478
La luna del viajero .....	484
La Perla de Omán .....	490
El ejército de los Okello .....	499
Cabal .....	508
La revolución de las nueve horas .....	515
ZANZÍBAR, LA SEGUNDA OPORTUNIDAD .....	527
La vida es una matrioska .....	529
OBSERVACIÓN Y AGRADECIMIENTOS .....	547



Dicen que la vida nos depara sorpresas. No es verdad. Nosotros construimos nuestro camino. Somos picapedreros, topógrafos e ingenieros de nuestro tránsito. Lo más que hace esa vida, tan rica como caprichosa, es arrendarnos el terreno. Uno llano o escarpado, de suelo duro o blando, con un nubarrón o un sol de justicia. Según le venga en gana.

JUAN ÁNGEL SANTACRUZ DE COLLE





JUAN ÁNGEL SANTACRUZ DE COLLE,  
LEYENDA FAMILIAR

Un viaje de mil millas  
comienza con un primer paso.

LAO-TSE



«**P**ERMÍTAME QUE ME PRESENTE. MI NOMBRE ES MEI, PORQUE nací con las lluvias más intensas que mi padre recordaba, las de un mayo que trajo desgracias a mi pueblo, pero siendo todavía niño lo perdí. Era un niño inquieto, habilidoso con la piedra y la madera, que gustaba de descubrir la naturaleza por su cuenta y riesgo. Un día, huyendo de una reprimenda, me subí a una acacia y me quedé allí a pasar la noche. Dormido, no escuché los gritos de los míos, afanados en mi búsqueda. Desde entonces fui Chui, que en su idioma significa leopardo; un felino solitario al que los árboles sirven de cama. Tengo otros nombres. Yusuf, Goa, Fernando y Ferdinand Okello. Me dedico a negocios de importación y exportación, para lo que recorro medio mundo todos los años. Vengo a España, sin embargo, por vez primera. Mi nacionalidad actual, facilitada por un matrimonio de conveniencia, es la inglesa. Soy divorciado y reconozco por hijo a un chiquillo despierto que estudia en un colegio de Londres y para el que querría construir un imperio. Cuando salí de mi tierra definitivamente, hoy hace un lustro exacto, juré no volver a pronunciar una palabra en swahili. El swahili es una lengua hermosa, sabe usted, pero propia de hombres sin riqueza, que nunca se librarán del yugo de ser africanos porque nunca sentirán de verdad el orgullo de serlo».

**A**SÍ COMENZABA EL RELATO QUE UN NEGRITO DEL ÁFRICA TROPICAL vino a contarle a la tía Luisa, superando con creces, entre los míos, la popularidad del de la canción del Cola Cao. Y así, con esa parrafada, daría comienzo mi aventura. Una aventura que me ha agitado como el cóctel que no se bebería James Bond, moviéndome por España y parte del extranjero.

La tía Luisa era hermana de mi abuela materna y siempre se dijo que había conservado una soltería heroica, edificada sobre las aguas pantanosas de un amor que la guerra se encargó de frustrar. Como se comprenderá, aquella anécdota del negrito tropical que hermanos y primos habíamos escuchado desde pequeños, útil para dormir a los más críos, nos parecía la fantasía de un deudor o deudora de Stevenson, de Conrad o, si se me apura, de Defoe, con aquella inocente ocurrencia de cambiar el día viernes por el mes de mayo. Y así habría seguido siendo de no haber recibido una llamada telefónica de mi abuela que quedó grabada en el contestador automático, reclamándome en Sevilla para un asunto inaplazable. Por infrecuente, aquel aviso me alarmó. Salí pitando en busca de un billete para el AVE y aquella misma noche me planté en su casa del barrio de Triana. La urgencia resultaba comprensible. La tía Luisa había salido del hospital porque deseaba morir en la apacible penumbra de su alcoba, sin tubos molestos y sin lámparas de interrogatorio, pero no descansaría hasta ver cumplida una última voluntad: hacerme depositario de la verdadera historia que aquel africano educado y misterioso le contó.

Ya era de madrugada cuando mi abuela me puso al corriente de la enfermedad irreversible de la tía y preferimos no turbar su frágil reposo. Esperaríamos a la mañana siguiente. Conocía aquellas paredes como la palma de mi mano, pero esa noche todo me parecía nuevo. Viajaba en el tiempo, hacia atrás, a una tibia tarde de primavera de hacía veintisiete años y me imaginaba asistiendo a aquel encuentro admirable. Un hombre alto, de color, vestido a la europea,

tocaba la aldaba del portón y cambiaba —un poco— la vida de nuestra familia.

Desperté sobresaltado, con una impaciencia que no sentía desde que murió mi padre y di un portazo a la infancia. Mi relación con la tía Luisa no había sido mayor que la de cualquiera de los familiares de mi peldaño generacional. Profesábamos el cariño natural por la tía abuela que rara vez abandonaba la mecedora, teje que teje como una Penélope contemporánea que no necesitaba destejer porque había despachado a sus pretendientes y perdido toda esperanza de rescatar el amor que la Guerra Civil le arrebatara, pero poco más. Una leyenda por confirmar que, según deduje, era moneda corriente entre los míos. A falta de varones, la guerra había hecho estragos entre las hembras. Contaban de otra tía, Ana, que murió de pena por la misma causa. Hasta llegué a escuchar una cancioncilla maliciosa que, desde luego, no se podía canturrear en casa. Si Ana era un mito del que jamás se hablaba y del que no había rastro físico alguno, Luisa reunía las virtudes apreciadas en cualquier soltera de la época: sensatez, paciencia, templanza, discreción. Cualidades que nosotros resumíamos en una palabra: distancia. No recordaba haberla abrazado nunca con efusividad, celebrando con ella alguno de mis escasos éxitos. La tía Luisa era una señora de porte elegante y una delgadez extrema, siempre aseada y siempre con jazmines en el moño, tan silenciosa que más de uno la motejaba de monja de clausura en vacaciones. No se parecía a la hermana pequeña, mi abuela, regordeta y vitalista. Mis encantos, para qué engañarse, no resultaban especialmente atractivos a los ojos de mi tía. Soy el mediano de los tres hijos de su sobrina favorita y nunca he destacado mucho. Los otros sí, siguieron los pasos de mi padre y son ingenieros con unas expectativas inmejorables. La única afinidad entre ella y yo habría que encontrarla en la soltería. A decir verdad, nada heroica la de un servidor. Mi escasa labia y mi rostro sin atributos no me ayudaron a coincidir en gustos con ninguna bicoca. Era consciente de que su elección se debía, sin duda, a mi condición de periodista —periodista de los de grabadora, en su terminología— y a mi afinidad por las letras.

A eso de las diez, mi abuela me informó de que la tía Luisa había recibido con una hermosa sonrisa la noticia de mi presencia. Al entrar en la habitación, el olor a medicina y la oscuridad me desorien-

taron. Ella misma encendió la lamparilla de la mesa de noche. Me anuncié sacando la voz del sótano de mi garganta. Soy Fernandito, susurré, aunque había dejado atrás el diminutivo, abandonado en la estación de Santa Justa, la tarde que partí rumbo a la capital del reino. Fer para los amigos, porque en una sola sílaba cabe esa impresionante personalidad mía. Esta malicia me la dijo un proyecto de novia que, sin mimo, no llegó a cuajar. Fernando, como el africano de la leyenda. La tía Luisa agradeció cien veces que hubiese acudido. Yo la ayudaría, estaba segura, a resolver una cuenta pendiente. Una deuda.

—Una deuda que ha crecido con el tiempo hasta hacerse tan grande que no me permite afrontar cristianamente la extremaunción.

Así se inició una historia que, con su celo en describir y justificar nimios detalles, modificó la sustancia de la que yo conocía. Se fatigaba, pero no cejó hasta contármela entera. Apenas una parada para rechazar la morfina, pedir medio vaso de leche e ignorar las pastas que le ofrecieron en un plato de la vajilla de los domingos. De cuando en cuando bebía un poco, se limpiaba la boca con la servilleta y proseguía. El último sorbo puso fin a su relato y, así lo sospecho, a su agonía. Murió dos días después, con un rictus placentero que mi abuela atribuyó a su conversación conmigo. La cuenta pendiente era, ahora, mía. Y consistía en preservar la memoria del amor sin medida de la misteriosa Ana, protagonista del relato del hombre que trepaba a los árboles.

«No pretendo hacerle perder su tiempo, que imagino, a su respetable edad, más valioso que el de los jóvenes soñadores con ansias de reinventar el mundo. Si he comenzado hablándole de mí mismo, no es por vanidad ni por estrategia de comerciante. Nada vengo a vender. Mi deseo no ha sido otro que ponerla al corriente de este modesto emisario que, con amabilidad andaluza, ha recibido esta tarde en su casa, mostrándole la sinceridad y buenas intenciones de mi visita. Permítame, ahora, que vaya al grano. Yo soy ahijado de don Juan Ángel Santacruz y me he atrevido a acudir a usted para saldar mi débito con este gran hombre. Por su semblante, intuyo el interés que le ofrece la pretensión que, sin rodeos ni medias palabras, le manifiesto. Me tengo por profesional discreto y por amigo más discreto si cabe. Y con esa premisa le solicito estos minutos para relatarle un apunte de la biografía de don Juan; algo que habrá de servirme para

ensalzar su figura y, de paso, para quitarme de encima un fardo que pesa más de lo que nunca sospecharía. Los arcanos del alma y del más allá no son del dominio de este creyente confuso. Comprendo su extrañeza y le ruego que perdone mi pequeño egoísmo, que entenderá cuando oiga lo que he de transmitirle. A usted confío lo que sé y en esta tarea deposito la esperanza de descargar mi corazón».

La tía Luisa obligó al bueno de Mei a regresar al día siguiente con la única finalidad de volver a oír, punto por punto, la historia. Mei cumplió, repitiendo palabra por palabra cuanto había expresado la tarde anterior. Se lo había trabajado a conciencia. Mi tía, que nunca tuvo que envidiar a nadie en lo que a retentiva se refiere, me aseguró que no había añadido ni quitado una coma a su presentación. Las frases de Mei sonaban a castellano aprendido de los libros y practicado con un profesor de otra época: el enigmático don Juan Ángel. Me sentí el último eslabón de un relato oral que, como una cadena, comenzaba en el propio don Juan y pasaba por Mei y por la tía Luisa. Un relato oral que, en este caso, iba avalado por una tarjeta de visita y una hermosa caja de madera tallada con evocaciones hindúes.

Aquella caja yacía al pie de la cama, con un candado con óxido y una gruesa capa de ilusiones infantiles. Era la caja que siempre quisimos ver, el arca de los prodigios, de la que salían portentos que sólo la tía Luisa podía administrar, alejándola de la codicia de los mayores y de la inocencia de los críos.

—De niño oíste hablar de esta caja y del insulso cuento de hadas que la prima Rita se inventó en una noche de tormenta. Aquí está, existe realmente, y el caballero africano me aseguró que dentro se hallan las pruebas de que cuanto me había desvelado era cierto.

—¿Qué contiene?

—No lo sé, la verdad. He de suponer que documentos, documentos valiosos.

—Pero ¿no la abrió jamás? —mi extrañeza saltó de mi boca como una pelotilla de saliva.

—Jamás —dijo con presteza y un punto de orgullo.

—Puedo preguntarle por qué.

—No hay un motivo especial. No necesité abrirla para comprobar que aquel caballero no mentía. La abriría cuando dudase, me dije, pero nunca dudé. Así que te la entrego tal cual la recibí.

—¿Por qué abrirla ahora? ¿Por qué yo? —se me notó que reculaba, a la defensiva.

—Dentro descansan los datos que te ayudarán a sacudirte las lógicas reservas y tomar la pluma.

Las lógicas reservas; una forma suave de exponer el problema que la tía Luisa, perceptiva como ella sola, descubriría en mi cara. Se me entenderá enseguida. Yo me veía capaz de escribir sobre el sursuncorda, vaya por delante. De hecho, he dilapidado la mitad de mi ingenio, que no es mucho, en ajustar mi estilo al número de palabras y el asunto que exigía el redactor jefe de tal periódico de tirada provincial o de tal magacín. El problema era que esta empresa, entre unas cosas y otras, iba a llevarme un porrón de meses. Y nadie dedica un porrón de meses a una actividad no lucrativa en la que no cree. Así que, tras la charla de tantas horas con la tía Luisa, me encontraba entre la espada y la pared. Aplastado por una responsabilidad a la que no estaba acostumbrado y que suelo rehuir, especialmente en los últimos años. Mordiéndome la lengua para no pronunciar un «aparte de mí este cáliz» que perjudicase su estado de salud. Tragué saliva tres o cuatro veces antes de prometerle que no mandaría al limbo de los justos a un don Juan Ángel Santacruz que se me antojaba la mezcla más explosiva de erudito, ladrón de guante blanco, agente secreto y san Martín de Porres.

Como no tenía su fe ni su credulidad, en menos que canta un gallo estaba metiendo la roñosa llave que me entregó en el candado del cofre del tesoro, con tan mala fortuna que se partió dentro. Me las vi y me las deseé para romperlo sin deteriorar la preciosa caja. Tardé tanto que la alegría por su apertura vino a coincidir con la tristeza por el anuncio del fallecimiento de mi tía. Alguien, menos agnóstico, podría haber interpretado aquella coincidencia como una señal. Yo me limité a acelerar el examen de su contenido, retrasándome en la visita a la difunta. Eran cuadernos. Cuadernos forrados en tela gris, pautados con unas finísimas rayas azules, escritos hasta en los cantos con una letra menuda, económica de trazos pero de una firmeza a prueba de manuales de caligrafía para pluma. Los cuadernos de don Juan. Había no menos de cincuenta de distintos grosores, clasificados por materias, en dos columnas. Arriba, pequeñas monografías sobre la flora y la fauna de la exótica tierra donde, en plena Guerra



Mundial, buscó refugio; en medio, cogidas con gomas de color negro, cuestiones del idioma swahili y notas útiles para interpretar episodios concretos; después venían los trabajos de corte antropológico; por fin, debajo del todo, formando la tapa inferior del pastel milhojas, reposaba su diario personal, diseminado en veintiséis de aquellos cuadernos. En ellos la letra era más irregular aunque igual de pequeña, garrapateada con prisa por alguien que, seguramente, se afanaba en dejar su testamento. Eso otorgaba crédito a la biografía, pensé en aquel instante.

Comencé a hojearlos tras el desayuno, sin entrar en detalle, pero yo no paré. Fueron horas de brincos y sorpresas, que convirtieron aquellas páginas en una novela de aventuras con ínfulas románticas y pesimismo existencial. Cuando cerré el último, resoplé, turbado. Faltaba el final. Aparentemente era posible enfrentarse a aquel encargo, creyese o no lo que en aquellos miles de renglones se decía. Bastaba con valorarlos como la huella de un fabulador de altura, obviando la realidad para concebirlos como una esplendorosa obra de ficción. Cómo concluir, sin embargo, si sólo disponía del eco del relato de la tía Luisa. Se me erizó el vello de la nuca mientras hablaba solo. Era el aviso de las grandes oportunidades, una señal de mi organismo que en pocas ocasiones había sentido pero que nunca fallaba. Acudí al velatorio, a jurarle a la difunta y a mi abuela que llegaría tan lejos como fuese preciso. Ésta, con una entereza impropia del trago que estaba pasando, repartía consuelo y pastas de té. Y aún tuvo tiempo de darme el consejo que había guardado desde que abandoné Sevilla, hacía ya un buen puñado de años.

—Imagino que el africano le confió su historia a la tía Luisa porque era la mayor de vosotras.

—Yo también estaba presente —su voz sonó burlona.

—¿Y qué hay de esa Ana de la que nadie se atreve a decir ni pío? —pinché.

—¿Y qué se puede decir? —pinché en hueso.

—Por no haber, no hay ni retratos suyos.

—Algunas familias silencian los escándalos. No resuelvas misterios que no son tales. Aprovecha este regalo, hijo, para madurar. Deja de mirarte el ombligo y aprende de lo que te rodea. Hay tanto que gozar y llorar en este mundo —ignoro si mi abuela conocía o no

los planes de su hermana. Ni siquiera si fue mi valedora en ese último trance. En aquel momento pensé que era hábil, muy hábil, sobrada de inteligencia y sensibilidad. Más adelante, su intervención en esta historia sería decisiva en un par de ocasiones.

—Ya te contaré —rematé con una intención sesgada que carecía de sesgo y, probablemente, hasta de intención.

Una palmada en la mejilla bastó para autorizarme a abandonar el velatorio y regresar a Madrid, a trabajar en el tesoro que la tía Luisa me había legado.

—Ve, anda. De tu madre me ocupo yo.

Siempre supuse que era el preferido de mi abuela. Algo inmaterial, un lazo invisible, me lo transmitía. Mi abuela rara vez besaba, rara vez hacía carantoñas. Su dulzura procedía de la serenidad que emanaba. No había aristas en su comportamiento. Recientemente, hablándole a mis hermanos de este tema, me comentaron que a ellos les ocurría lo mismo. He de creer que todos éramos especiales para ella. O que, más bien, ella era tan especial que los que la rodeaban recibían el influjo de su magnetismo hasta esos extremos.

Sin la euforia del primer momento, una pregunta, recurrente, viajó conmigo tras abandonar el velatorio de la tía Luisa y partir hacia la estación. De pequeño me quedaba extasiado en los trenes, mirando el paisaje por la ventanilla. Ahora, a las velocidades con que se recorre el trayecto de Sevilla a Madrid, apenas da tiempo para marearse y repetirse «¿qué hago yo metido en este berenjenal?».

Ya en casa, en lugar de abrir la maleta, abrí un dietario. Título: Don Juan Ángel Santacruz o la ilusión de un calígrafo enamorado. 21/03/08, la fecha en que dejé por segunda vez el Fernandito en un banco de Santa Justa. Lo inauguré de inmediato, por miedo a desinflarme si perdía el impulso de partida. No sería la primera oportunidad que dejaba pasar después de haberme llenado la boca con cuentos de la lechera. El aforismo atribuido a Samuel Beckett —intentar las cosas una y otra vez. Equivocarse. Equivocarse mejor— no había sido dicho para mí.

Yo había construido mi burbuja particular en un tranquilo ático. Alcanzar las alturas, poner un disco, sentarme en el sofá, tomar una cerveza... Ésos eran los verdaderos placeres de un solitario al que la soledad le proporcionaba un cúmulo de seguridades. Oponía aquel

remanso a las grandes empresas periodísticas. Oponía la garganta deliciosa de Cassandra Wilson a los reproches de una pareja formal. Oponía la copa de la una a los biberones de las tres de la mañana. Mi victoria se basaba en el simple recurso de darme la vuelta y no enfrentarme a nada ni a nadie. No es que fuese flexible como el junco, es que había añadido patas a ese junco, para escapar al menor contratiempo.

No siempre había sido así. Antes, de cuando en cuando, el voltímetro del cogote anunciaba electricidad, deslizándose por mi columna, camino del coxis. Y, contra eso, no había defensas naturales. Como suele ocurrirme, lo que al principio me asusta acaba entusiasmándome. Y viceversa. Ahora esa sensación se alternaba cada treinta minutos, confuso y con la preguntita de marras clavada en el paladar. Dedicué la noche a elaborar una sintética cronología de las andanzas del personaje que me había transmitido la tía Luisa y a dar palos de ciego en Internet, tratando de encontrar los cauces que me permitiesen verificar algunos de los muchísimos y estrambóticos datos que reflejó en sus cuadernos.

Don Juan nació con el siglo, en Sevilla, el 11 de agosto, un día de tanto calor que las ventanas y balcones del número 3 de la calle Regina estaban abiertos de par en par. Su madre, cuyo nombre no menciona en los cuadernos, tuvo un agotador parto de varias horas, sin cesárea, en las que no despegó los labios por vergüenza a que los vecinos oyesen sus lamentos. Discreta, no quería ser la comidilla de toda la ciudad. A juzgar por las palabras del hijo, nunca se repuso de aquel parto. 11 de agosto en Sevilla, figurárselo y sudar es todo uno. Seguro que mi tía no recordó que yo nací en Sevilla un 11 de agosto.

Don Juan murió en una isla de la costa este de África, en una fecha imprecisa de la estación de las lluvias, allá por 1976. Mei, mi única posibilidad de contrastar sucesos relevantes de la vida de nuestro hombre, había contado con pena que no estuvo presente en su deceso. Fue el heredero del patrimonio de don Juan, que, a la postre, resultó ser más valioso de lo que él mismo hubiese sospechado.

¿Y en medio? Una vida por la que Hollywood pagaría una fortuna para convertirla en celuloide. Sevilla, Madrid, Bruselas, París, las islas Baleares, Barcelona, Londres, Viena, Moscú, Berlín... París, siempre París... Alejandría, Mombasa, Nairobi, Dar es Salaam... Un sinfín

de idas y venidas, negocios lucrativos, escenarios y episodios dignos de una película de Hitchcock. De todo había en aquellos cuadernos incompletos.

La infancia y adolescencia de Juan —ya va siendo hora de que le retire el tratamiento— transcurren en Sevilla, en la tranquila vulgaridad de la burguesía acomodada de entonces. Él las despacha en unos cuantos párrafos, más irónicos que sentimentales, para ablandarse al hablar de su madre.

Su familia había poseído ese insultante magnetismo para el dinero que algunos apellidos adquieren por saber navegar en los alrededores del poder. Su abuelo paterno, don Ángel Santacruz, debió ser un prodigio para las finanzas. Las importaciones, procedentes de América, y la gestión bursátil constituyeron sus sectores principales de actividad, sin por ello desdeñar ningún otro. Con el condumio resuelto, aficionado a los libros como seguro vehículo de la verdad, su padre se defendió a capa y espada de los ataques mercantilistas de su genealogía, fundando una corta rama con tendencias académicas que luego se secaría con nuestro protagonista.

La madre no alcanzó a cumplir los veinticinco. Poco le dejó. Un par de retratos y un apellido que sólo emplearía cuando no le quedase otro remedio: De Colle. Un apellido de tierras más frías, pero de no menos peso. Era —le dijeron— una joven tan bella que, cuando acudía al baile, éste acababa a tortas, de tanto pretendiente fogoso como apuntaba en su tarjeta de compromisos. Pero, con todo, su mejor cualidad era la paciencia. No perdía jamás la compostura, atemperando la iracundia de un cónyuge propenso a enojarse por cotidianas cuestiones de estado. Ni en el trance de su muerte la perdió, despidiéndose de los suyos con una sonrisa y una mirada consoladora. Sus últimas palabras, ejemplares, fueron un ruego que su esposo ordenó enmarcar y colgar en la alcoba del niño: «Mi vida ha sido breve pero dichosa. Siento no haber tenido el vigor necesario para criar a nuestro hijo, que no dudo que crecerá sano. Vela por su felicidad y cástate de nuevo. Que crezca rodeado de afecto, que aprenda a amar, porque sólo muere verdaderamente el que no encuentra su hueco en el corazón de un semejante».

El padre, catedrático de prestigio, no hizo puñetero caso a su esposa. Jamás se quitó de encima el luto y el aire decimonónico, con

aquellos afilados bigotes blancos y su sempiterna levita. Sentarse en sus rodillas era como sentarse en una estatua del parque de María Luisa. Con menos recuerdos de paloma, aclara Juan. Éste, por su parte, no pasa de ser un niño introvertido, que se aburre mortalmente en la mayoría de las clases. El padre lo reta a diario con problemas de agudeza mental y lecciones de idiomas. Germanófilo por tradición, elige el francés y el alemán para su hijo, convencido de que descollará como pocos en un futuro profesional elegido de antemano. Desde que tuvo uso de razón, Juan quiso ejercer la medicina para impedir que la gente muriese joven como su madre. «Sin alguien que nos perpetúe, sólo somos la ceniza que se agrega a la ceniza aventada por el huracán del tiempo», llega a escribir, parafraseándola.

Es más que probable que ese concepto de no perecer enteramente moviese a Juan a plasmar su biografía. Pero no es el único. Ni, tampoco, el principal. Los cuadernos están destinados a Okello, J-F. JFOk —como el mítico presidente, pero con la ka escoltada. No le hubiera quedado mal llamarse O’Kennedy, remachando sus raíces irlandesas—. A Ok los dedica y a Ok parece dirigirse en diversas ocasiones, justificando lo que a nadie confió en vida. De ellos se desprende que nunca pensó que volasen hasta su país natal.

Por la mañana, antes de dejarme prender por el sueño, di comienzo a la investigación. Telefoné a un viejo amigo de la facultad que ahora ejercía de corresponsal en Londres. Había que localizar cuanto antes a Mei, Mr. Ferdinand Okello, consejero delegado de Goa Antiques Enterprises. Pedro recibió con sorpresa, como no podía ser de otra manera, la petición: contactar con un hombre del que sólo se conocía una tarjeta de visita de hacía tres décadas, sin un número de teléfono que llevarse a la boca. Se resistió... un poco.

—Busca en la guía primero, aunque no creo que nos lo pongan tan fácil. Luego, vete a la dirección que te he dictado. Si no hay suerte, consulta el registro mercantil por el nombre de la empresa y anota los datos de todas las personas que figuren. Ha de haber un registro digno de museo, con varios siglos de antigüedad, que los ingleses son muy meticulosos con las cosas empresariales y...

—¿Tú sabes cuánto me va a llevar esto?

—Pedro, joder, que estás hablando con el que te averiguaba el currículo de las nenas que te quitaban el sentido. Y te recuerdo que

te pasaste media carrera sin sentido alguno, ni común ni extraordinario —apelar a antiguos favores de faldas siempre funcionaba con él—. Prometo invitarte a pescaíto frito en una tasca que ni en tus mejores sueños has imaginado.

—¿Cerveza Cruzcampo, pescaíto y morenaza, como en los viejos tiempos?

—Pedrito, por mucha novia formal que te echas no dejarás nunca de ser el crápula de mi novela —Pedrito no se apellida Corchea, pero le habría venido que ni pintado.

—¿Esa que duerme en las yemas de tus dedos? —mis tropiezos con Talía, puñetera musa de la comedia, eran *vox populi*.

—El día que me ponga te vas a enterar, plumilla de chichinabo.

—Ahora en serio, Fernando, y respóndeme con la cabeza. ¿Crees que merece la pena tanta cuchara para esta olla?

—Te responderé a tu estilo, con un puñado de preguntas —tomé carrerilla y me puse tan serio como pedían Pedrito y la situación—. ¿Cómo un erudito sevillano del siglo pasado acaba chantajeando a la comunidad judía de Nairobi? ¿Qué le lleva a ser amigo de un feroz kikuyu? ¿Por qué abandona su mundo civilizado para convertirse en el primer cartero del archipiélago de Zanzíbar? ¿Cuántos españoles conoces que los brujos de cualquier parte hayan considerado uno de ellos?, ¿cuántos que se hayan casado con una nativa de esas islas en una ceremonia swahili? ¿Qué tuvo que ver este raro hombre en la muerte de uno de los cerebros de la conferencia de Accra del 58? ¿Qué papel jugó en la independencia de Tanganica? ¿Cómo murió? ¿Dónde reposan sus huesos?